CRÓNICA

Dr. Roberto Murillo
Director, Escuela de Filosofía
1971-1973

María de los Ángeles Giralt

El filósofo[1]

Hay formas distintas de cumplir cincuenta años.

Cuando se es "diferente", al alcanzar el medio siglo significa muchas cosas: recorrer un trayecto que no es simplemente un callejón, un trecho, una calle, ni siquiera una avenida. Cumplir cincuenta años habiendo convertido la filosofía en vida y la vida en reflexión, es camino que sube superando obstáculos para acercarse más y más a "la contemplación de la luz".

Nos han conmovido los cincuenta años de Roberto Murillo. Guardamos una deuda con él desde aquellos años de estudiante.

Eran las épocas en que el Dr. Láscaris recreaba el milagro griego a través del don maravilloso de la palabra, convirtiendo en testimonio de vida la ubicación del filósofo entre el ignorante y el sabio. Ahí estaba también don Teodoro Olarte con su humor grave y su incansable pipa, penetrando uno a uno cada término de la *Metafísica* de Aristóteles, para explicar en toda su profundidad el "todo hombre por naturaleza apetece saber".

Al final de una época, en el último curso de la carrera, tuvimos la fortuna de ser única estudiante de un joven profesor. Con Roberto Murillo aprendimos a respetar y a admirar a Spinoza, incursionando por su *Ética*, "more geometrico demostratae", desde Dios hasta llegar al problema de la libertad. Vivimos con entusiasmo la *Lógica* del Hegel, entendiéndola desde el espíritu poético del autor del "ser", "la esencia", y "el concepto".

Si don Teodoro, estrechando el vínculo Aristóteles-Zubiri, había dejado su huella en nuestra tesis de licenciatura, Roberto Murillo que había abierto las puertas al estudio de la noción de causalidad en Bergson, abriría un surco en nuestra investigación doctoral.

Las deudas de pensamiento no se amortizan. Esta sería una de las razones por las que acudimos con espíritu militante al llamado del entonces Decano de Letras para la "tarea constructiva" del edificio marchando con la columna de la Facultad hacia el Consejo Universitario. Esta lucha, como la que daría años más tarde ante la Asamblea Legislativa por los fondos del CONICIT, rompería incluso la vieja concepción heideggeriana tan cara a Roberto, de que "el pensamiento actúa en cuanto que piensa".

En los cincuenta años de Roberto Murillo, hemos repasado su vivencia de la amistad, construida sobre los cimientos de la lealtad. Quien sabe atesorar en las minas de la amistad, ha debido cosechar previamente en los terrenos del diálogo. De ahí que cuando está en juego la comunicación con el llamado auténtico del otro, Roberto se sitúa por encima del tiempo para participar hasta sus últimas consecuencias del misterio del "encuentro recíproco" mediante la palabra viviendo en carne propia la afirmación de Aranguren a propósito de Eugenio d'Ors: "yo soy mi diálogo".

El pensador maduro en sus cincuenta recién cumplidos, abre con Heidegger "senderos en el bosque" conduciendo a la filosofía por el camino del arte. Paseando el discurso entre hermosas palabras, explica al lado de Platón "el proceso ascendente del conocimiento".

No debemos olvidar tampoco, que el pensamiento de Roberto Murillo va muy ligado a su afición por la Astronomía. Como los primeros filósofos que contemplaban el cielo para poder

entender el universo, Roberto mira hacia abajo sin dejar de contemplar el cielo.

En febrero del 88, el gobierno de Francia lo condecoró con las "Palmas Acádemicas"; muy pocos han podido sentir tan cerca el espíritu de la filosofía francesa desde Descartes a Simone de Beauvoir, pasando por la *durée* de Bergson.

Sin lugar a dudas, en sus cincuenta años, Roberto ha recorrido un camino ascendente "diferente".

Su última obra *La forma y la diferencia*, busca la conjunción entre el "eros" y el "logos".

No es la biografía de Roberto Murillo la que merece ser recordada en sus cincuenta años, es su vida, su amor a la filosofía, su vocación por el diálogo, su concepción de la amistad, su respeto profundo por la mujer, su fino sentido del humor, su "Weltanschauung" que permite conjugar como a dos astros cercanos el mundo de lo bello y lo sublime.

"¿Por qué recordar?", como diría Malraux. Tal vez porque lo que nos interesa en un hombre es "su condición humana" y algunos rasgos que expresan menos un carácter individual que una relación particular con el mundo.

Nota

1. Roberto Murillo cumplió 50 años en 1989. En su momento, este texto fue un homenaje a él y a su trayectoria. Don Roberto murió en 1994.

Tomado del Semanario *Universidad*.